

tan trágico, que el comandante Forzinetti pidió y obtuvo la autorización para que pudiera ver á mi esposa en su despacho, y á presencia suya.

Mi esposa vino á verme una segunda vez: entonces fué cuando le prometí vivir y afrontar valerosamente el dolor de la lúgubre ceremonia que me esperaba. A continuación de su visita le escribí:

Estoy más tranquilo; tu presencia me ha causado mucho bien. El placer de abrazarte plena y enteramente me ha producido un inmenso bienestar.

No podía esperar un momento tal; gracias por la alegría que me has proporcionado.

¡Cuánto te amo, mi bien querido! Esperemos que por último todo esto tenga un fin. Es necesario que yo conserve mi energía.

Vi también por breves momentos á mi hermano Mateo, cuya admirable abnegación conocía.

El jueves 3 de enero de 1895, supe que el suplicio estaba preparado para de allí á dos días.

Jueves, mañana.

Me han dicho que la suprema humillación es para pasado mañana. La esperaba, estaba preparado, y sin embargo, el golpe ha sido violento. Pero resistiré, te lo he prometido. Sacaré las fuerzas que aún me son necesarias de tu amor, del afecto de todos vosotros, del recuerdo de mis hijos queridos, de la esperanza suprema de que la verdad resplandezca un día. Pero es preciso que yo sienta el afecto de todos vosotros irradiar en torno mío, es pre-

ciso que yo os sienta luchar conmigo. Continúa, pues, haciendo investigaciones sin tregua ni reposo...

ALFREDO.

V

La degradación se verificó el sábado 5 de enero; sufrí aquel terrible suplicio sin debilidad.

Antes de la lúgubre ceremonia esperé una hora en la sala del ayudante de la guarnición, en la Escuela militar. Durante aquellos largos minutos, hubo una tensión en todas las fuerzas de mi sér; los recuerdos de los atroces meses que había pasado vinieron á mi memoria, y con frases entrecortadas reproduje la última visita que me hizo el comandante du Paty de Clam en la prisión. Protesté de la infame acusación lanzada contra mí: recordé que había escrito al ministro para decirle que era inocente. Tergiversando estas palabras fué como el capitán Lebrun-Renault, con una extraña inconsciencia, creó ó dejó crear aquella leyenda de mis declaraciones, de las que no supe la existencia hasta enero de 1899. Si me hubiesen hablado de ello antes de mi salida de Francia, que no tuvo lugar hasta febrero de 1895, es decir, siete semanas después de mi degradación, hubiera procurado ahogar aquella leyenda en su embrión.

Seguidamente fui conducido, entre cuatro soldados y una clase, al centro de la plaza.

Dieron las nueve; el general Darrás, que man-

daba la parada de ejecución, mandó descansar las armas.

Yo sufría el martirio, me erguía para concentrar todas mis fuerzas, evocaba para sostenerme el recuerdo de mi esposa, el de mis hijos.

Tan pronto como terminó la lectura del fallo, exclamé, dirigiéndome á las tropas:

«¡Soldados, se degrada á un inocente; soldados, se deshonor á un inocente!»

»¡Viva Francia! ¡Viva el ejército!»

Un ayudante de la guardia republicana se acercó á mí. Rápidamente, arrancó los botones, los vivos del pantalón, las insignias del grado, del kepis y de las bocamangas y después rompió mi sable. Vi caer á mis pies todos aquellos pedazos de honor. Entonces, en aquella espantosa sacudida de todo mi sér, pero con el cuerpo erguido, la cabeza alta, lancé todavía mi grito á aquellos soldados, á aquel pueblo allí congregado: «¡Soy inocente!»

Continuó la ceremonia. Tenía que dar la vuelta al cuadro. Oí los alaridos de una turba engañada, sentí el estremecimiento que debía hacerla vibrar al presentarles un hombre condenado por traición, y probé á despertar en aquella turba otro estremecimiento, el de mi inocencia.

Terminó la vuelta alrededor del cuadro; el suplicio estaba concluido ó al menos así lo creí yo.

La agonía de aquella larga jornada no había hecho sino comenzar.

Me ataron las muñecas y en un coche celular me condujeron al Depósito, pasando por el puente de Alma. Al llegar al extremo del puente, vi por la claraboya del carruaje las ventanas de la habita-

ción donde habían transcurrido tan dulces años y donde me dejaba toda mi felicidad. La angustia fué atroz.

En el Depósito, fui, con mi traje roto y andrajoso, arrastrado de sala en sala, registrado, retratado, medido. En fin, hacia medio día, me trasladaron á la cárcel de la Santé y me encerraron en una celda.

Se autorizó á mi esposa para verme dos veces por semana en el despacho del director de la cárcel. Este, dicho sea de paso, se portó muy correctamente durante toda mi permanencia allí.

Mi mujer y yo continuábamos cambiando una viva correspondencia.

Cárcel de la Santé, sábado, 5 Enero, 1895.

Querida mía: renuncio á decirte lo que he sufrido hoy: tu pena es demasiado grande para que venga yo á aumentarla aún.

Prometiéndote que viviré, prometiéndote resistir hasta la rehabilitación de mi nombre, te he hecho el mayor sacrificio que un hombre de corazón, que un hombre honrado á quien se arrebatara su honor, puede hacer. ¡A menos, Dios mío, que las fuerzas físicas no me falten! La fuerza moral palpita en mi conciencia, que no me reprocha nada, me sostiene, pero comienzo á estar al cabo de mi paciencia y de mis fuerzas...

Ya te contaré más tarde, cuando de nuevo seamos dichosos, lo que he sufrido hoy, y cuántas veces, en medio de esas numerosas peregrinaciones, entre verdaderos culpables, se ha desgarrado mi corazón.

Preguntábame por qué estaba allí, que hacía allí... me parecía ser juguete de una alucinación; pero ¡ay de mí! mis vestidos rotos, manchados, me recordaban brutalmente la verdad, y las miradas de desprecio que me lanzaban me decían bien claramente por qué estaba allí.

¡Ay de mí! ¿por qué no se podrá abrir el corazón de los hombres con un escarpelo y leer en él? Todas las buenas gentes que me han visto pasar hubieran leído, grabado con letras de oro: «Este hombre es un hombre de honor.» ¡Y cómo comprendo su ira! En su lugar tampoco hubiera podido yo contener mi desprecio á la vista de un oficial de quien se dice que es un traidor. ¡Y lo que hay de trágico aquí, oh Dios mío, es que el traidor no soy yo!...

5 Enero 1895.—Sábado, 7 tarde.

Acabo de tener un momento terrible de desahogo, de llanto mezclado con sollozos, todo el cuerpo sacudido por la fiebre. Es la reacción de los horribles tormentos de la jornada; debía llegar fatalmente; pero ¡ay de mí! en vez de poder sollozar en tus brazos, en vez de poder inclinarme en tus hombros, mis sollozos han resonado en el vacío de mi prisión!

¡Esto acabó, ánimo! Concentro toda mi energía. Fuerte con mi conciencia pura y sin mancha, me debo á mi familia, me debo á mi nombre. No tengo el derecho de abandonarme al dolor en tanto que me reste un soplo de vida; lucharé con la esperanza próxima

de ver resplandecer la verdad. Así, pues, proseguí buscando...

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Sábado, noche, 5 Enero, 1895

¡Qué horrible mañana! ¡Qué atroces momentos! No, yo no puedo pensarlo, eso me hace sufrir demasiado. ¡Tú, mi pobre amigo, un hombre de honor, tú que adoras á la Francia, tú que tienes un alma tan hermosa, sentimientos tan elevados, has sufrido la pena más infamante que darse pedal! ¡Eso es abominable!

Me habías prometido ser valeroso, me has cumplido tu palabra, y te doy las gracias. Tu dignidad, tu hermosa actitud, han conmovido muchos corazones, y cuando la hora de la rehabilitación llegue, el recuerdo de los sufrimientos que has soportado en estos horribles momentos quedará grabado en el corazón de los hombres.

Hubiera querido estar cerca de tí, darte fuerzas, confortarte; había concebido esperanzas de verte, mi pobre amigo, y mi corazón se desgarró á la idea de que la autorización no ha llegado aún, y tendré que esperar quizás para tener el inmenso placer de abrazarte...

Nuestros queridos niños están muy bien; están contentos, dichosos. Es un consuelo en nuestra inmensa desgracia, verlos tan pequeños, tan inconscientes de la vida. Pedro habla de tí y con tanta efusión, que no puedo contener el llanto...

LUCÍA.

DE LA PRISION DE LA SANTÉ

Domingo, 6 Enero 1895.—A las 5.

Perdóname, adorada mía, si en mis cartas de ayer he exhalado mi dolor, he puesto de manifiesto mi tormento. ¡Erame preciso confiárselo á alguien! ¿Qué corazón está más preparado á recibir lo que rebosa del mío? Tu amor es el que me ha dado fuerzas para vivir; es preciso que lo sienta vibrar cerca del mío.

¡Valor, pues! No pienses demasiado en mí, tienes otros deberes que llenar. Te debes á nuestros hijos, á nuestro nombre, que es necesario rehabilitar. Piensa, pues, en todas las nobles misiones que te incumben; son pesadas; pero sé que eres capaz de emprenderlas, á condición de que no te dejes abatir, á condición de conservar tus fuerzas.

Es, pues, preciso que luches contra tí misma, que rennas toda tu energía y que no pienses sino en tus deberes..

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Domingo, 6 Enero 1895.

Estoy muy preocupada por no haber recibido aún noticias tuyas. Tengo ansia de saber cómo has soportado esos horribles momentos... Me traen tus dos cartas, y es un consuelo para mí; gracias por ser tan cariñoso conmigo; reconozco en eso tu buen corazón. No puedo expresarte cuánto me aflige esto,

qué dolores me laceran al pensar en tus sufrimientos. ¡Qué vida, Dios mío, qué martirio! Esperaba que tuvieses un momento de terrible desfallecimiento, una crisis; tengo la seguridad de que el llanto te habrá hecho bien. ¡Pobre amigo, estábamos tan dichosos, tan tranquilos, sólo vivíamos para nosotros, para hacer la felicidad de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestra familia! Si al menos pudiese estar al lado tuyo, compartir tus dolores, tus sufrimientos, permanecer en tu celda, vivir tu vida, sería casi dichosa. Tendría al menos la dicha de aliviarte un poco, de consolarte con mi inmensa afección, de rodearte de todos los cuidados que una mujer que te adora, podría proporcionarte. Pero, te lo suplico, conserva tu ánimo, no desmayes un solo instante ..

Lunes, 7 Enero 1895.

Mi primera ocupación en seguida de levantarme, es la de hablarte un poco para enviar un rayo de calor á tu triste celda. Sufro de tal manera al verte tan desgraciado, al no poder aliviar tu dolor, que todo lo que me rodea, todo lo que pasa en torno mío, en una palabra, todo lo que no seas tú, me deja indiferente.

No pienso más que en tí, no vivo sino para tí y con la esperanza de tenerte bien pronto á mi lado. Dime, te lo suplico, todo cuanto te afecte, en qué estado físico te encuentras. Siento terribles angustias é inquietudes por causa de tu salud. ¡Ah! si pudiese verte, si pudiese estar á tu lado, hacerte olvidar algo tu desgracia. ¡Qué no daría por eso!

7 Enero, noche.

¡Qué podré decirte, fuera de que no pienso más que en tí, que no hablo más que de tí, que toda mi alma y todos mis sentidos están encaminados hacia tí? Te pido, te suplico que tengas valor, que no desmayes, que no te dejes dominar por la pena y que luches para que tus fuerzas físicas no te abandonen. Es preciso que consigamos rehabilitarte; nosotros lo hacemos todo y lo haremos todo para ese fin. ¡Qué supone nuestra fortuna al lado del honor de un hombre, de sus hijos, de dos familias! Me conceptuaré feliz sacrificando cuanto poseemos á esa noble tarea...

Todos estamos convencidos de que no hay error que no se reconozca un día, que el culpable se encontrará y que nuestros esfuerzos serán coronados por el éxito...

LUCÍA.

DE LA PRISION DE LA SANTÉ

Martes, 8 Enero 1895.

... En mis momentos más tristes, en mis momentos de violenta crisis, una estrella vieue á brillar de pronto en mi cerebro y me sonríe. Es tu imagen, querida mía, es tu imagen adorada, que espero ver bien pronto, y al lado de la cual esperaré pacientemente á que me devuelvan lo que poseo de más caro en el mundo, mi honor, mi honor que jamás he quebrantado....

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Martes, 8 Enero, 1895.

Estaba terriblemente inquieta al no tener noticias tuyas, y he pasado una noche atroz; en fin, esta mañana he recibido tu ansiada carta y esto me ha hecho mucho bien. No acabo de explicarme por qué tus cartas tardan tanto tiempo en llegar; así, una carta tuya escrita el domingo no llega hasta el martes...

Acabo de recibir autorización para verte los lunes y viernes á las dos de la tarde, en el despacho del señor Director; ya puedes considerar cuán feliz he sido...

DE LA PRISION DE LA SANTÉ

Miércoles, 9 Enero 1895.

... Verdaderamente, cuando pienso en ello, me pregunto cómo he tenido el valor de prometerte que viviré después de mi condena. Aquella jornada del sábado, ha quedado en mi espíritu, grabada con caracteres de fuego. Tengo el valor del soldado que afronta el peligro cara á cara, pero ¡ay de mí! ¿tendré el alma de un mártir?

Vivo de esperanzas, vivo en la convicción de que es imposible que la verdad no salga á luz un día, y mi inocencia no sea reconocida y proclamada por esta querida Francia, mi patria.

Jueves, 10 Enero 1895.

Desde las dos de la madrugada no he podido dormir ya, en espera de verte hoy. Paréceme que oigo ya tu voz querida, que te oigo hablar de nuestros queridos hijos, de nuestras queridas familias... y si lloro, no me da vergüenza, pues el martirio que soporto es verdaderamente cruel para un inocente...

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Jueves, 10 Enero 1895.

Recibí ayer tu carta del martes y la he leído y releído; he llorado al estar sola en mi cuarto, y esta mañana también al despertarme. Había gozado esta noche de un poco de calma, soñaba que estábamos hablando; pero ¡qué despertar, qué angustias cuando me he encontrado de nuevo presa de mi sombría pena! Si padezco tanto, es por tí, que sufres heroicamente el más terrible de los martirios, por tí, que has sido atormentado moralmente del modo más espantoso y más inmerecido...

LUCIA.

DE LA PRISION DE LA SANTÉ

Viernes, 11 Enero 1895.

Perdóname si gimo á veces... pero ¿qué quieres? me sucede, bajo la amargura de los recuerdos, el tener necesidad de derramar en tu corazón lo mu-

cho que rebosa del mío. Nos hemos comprendido siempre tan bien, adorada mía, que estoy seguro de que tu alma fuerte y generosa palpita de indignación con la mía.

¡Eramos tan dichosos! Todo nos sonreía en la vida. ¿Recuerdas cuando te decía que nada teníamos que envidiar á nadie? Situación, riqueza, imperecedero amor del uno por el otro, hijos adorables... todo, en fin, lo poseíamos.

Ni una nube en el horizonte... Después un rayo espantoso, inesperado, una tan increíble desgracia, que aún hoy, muchas veces, me creo juguete de una pesadilla horrible.

No me quejo de mis padecimientos físicos, ya sabes que los desprecio, pero ¡ver caer sobre su nombre una acusación espantosa, infame, cuando se es inocente!... ¡Ah, eso no! Por este motivo he soportado todos los tormentos, todas las afrentas, pues estoy convencido de que tarde ó temprano se descubrirá la verdad, y se me hará justicia.

Excuso perfectamente esa cólera, esa rabia de un noble pueblo, al que se le ha dicho que hay un traidor... pero quiero vivir, para que sepa que ese traidor no soy yo.

Sostenido por tu amor, por la afección sin límites de todos los nuestros, venceré la fatalidad. No pretendo asegurar que no tendré todavía algunas veces momentos de abatimiento, hasta de desesperación. Verdaderamente para no quejarse de un error monstruoso, se necesita una grandeza de alma á la que no puedo aspirar, pero mi corazón permanecerá fuerte y valiente.

Viviré, adorada mía, porque quiero que puedas

continuar llevando mi nombre como lo has hecho hasta el presente, porque, en fin, quiero transmitirlo intacto á mis hijos.

No os dejéis, pues, abatir por la adversidad ni unos ni otros; buscad la verdad sin tregua ni reposo...

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Viernes, 11 Enero 1895.

¡Qué contenta me he puesto al pasar contigo algunos momentos, y qué cortos me han parecido! Era tal mi emoción que no podía hablarte, exhortarte al valor: pobre amigo mío, ¡cómo hubiera querido decirte lo que pienso de tí, cuánto te admiro, cuánto te amo, y cuánto es el reconocimiento por el inmenso sacrificio que has hecho por mí, por tus hijos! He sentido remordimientos, no te he hablado lo bastante acerca de la esperanza que tenemos de descubrir la verdad; tenemos la absoluta convicción de llegar á ello. Decirte en cuánto tiempo, es imposible, pero es preciso tener paciencia y no desesperar. Como te lo he dicho hace poco, nosotros no tenemos sino una preocupación, de la mañana á la noche, y durante la noche nos atormentamos el espíritu para tener un indicio, un hilo cualquiera que nos pueda hacer encontrar al miserable, al infame que ha destruido nuestro honor.

Reunamos todas nuestras inteligencias, todas nuestras voluntades; pues bien, con estos elementos y la perseverancia que pondremos en ello, es imposible que no concluyamos por rehabilitarte.

No te atormentes por tus hijos; son dos hermosos corazones...

Sábado, 12 Enero 1895.

Todavía estoy emocionada con nuestra entrevista de ayer; estaba terriblemente impresionada viéndote, hablándote; he sentido un placer tal, que no he podido pegar los ojos en toda la noche. Eres admirable, al conservar, á pesar de tus sufrimientos, un alma tan valiente, sentimientos tan nobles, tan elevados. Sí, es preciso esperarlo, vendrá un día en que se hará la luz; en que tu inocencia será reconocida, en que Francia reconocerá su error y verá en tí á uno de sus más valientes, de sus más nobles hijos. Aún serás dichoso, pasaremos felices horas juntos; tú, que formabas tantos proyectos, que pensabas hacer de tu hijo un hombre, tendrás aún ese gozo. Tu pequeño Pedro es muy bueno, y su hermana es también preciosa. Yo soy severa para con ellos, ya lo sabes, pero confieso que ahora, si bien exigiéndoles completa obediencia, los mimo con bastante facilidad. Que disfruten algo los pobres niños, antes de conocer las tristezas de la vida...

Domingo, 18 Enero 1895.

¡Qué paciencia, qué abnegación, cuánto valor necesitas para soportar esas largas humillaciones! No puedo decirte la profunda admiración que siento por tí; la dignidad, la voluntad con las cuales aceptas el martirio por mí, por tus hijos, son sobrehumanas; estoy orgullosa de llevar tu nombre, y

cuando los niños lleguen á la edad de la comprensi3n, te agradecerán los sufrimientos que has soportado por ellos...

Lunes, 14 enero 1895.

¡Qué lástima que esos instantes tan cortos y tan deseados de nuestra entrevista hayan pasado ya! ¡Qué largos son los minutos de tedio, y cuán pronto transcurren los dichosos! Esta entrevista ha pasado de nuevo como en sueños; llegué á la prisi3n con alegrí a y he vuelto á casa llena de profunda tristeza. Tu vista me ha hecho mucho bien, no podía saciarme de mirarte, de oírte; pero sufro horriblemente, al dejarte solo en esa sombría prisi3n, esclavo de tu pena, de ese horrible tormento moral, de ese padecimiento innmercido...

LUCÍA.

Mi mujer, aniquilada por esta sucesi3n no interrumpida de emociones, tuvo que guardar cama.

Viernes, 18 Enero 1895.

¡Qué triste día he pasado, peor que los otros, si esto es posible, pues la única sombra de dicha que se nos concedía me la han rehusado hoy! He podido levantarme, pero no estoy bastante fuerte para salir; á pesar del inmenso deseo que yo tenía de ir á abrazarte, mi médico, por temor á que me resfriase, ha decidido que guarde cama todo el día de mañana. Esto me ha causado mucha pena y debo confesarte que he sido poco razonable, y me he escondido para llorar.

LUCÍA.

Esta carta llegó á mis manos en la isla de Re; mi mujer ignoraba aún mi partida.

VI

Dejé la prisi3n de la Santé el 17 de enero de 1895. Había preparado como de costumbre mi celda y hecho la cama, acostándome á la hora reglamentaria, sin que ningún indicio pudiese hacerme suponer mi partida. Mas durante el día se me hizo saber que mi mujer había conseguido autorizaci3n para verme de allí á dos días, aunque no pudo venir durante una semana.

Entre diez y once de la mañana fui despertado bruscamente; se me dijo que me preparase inmediatamente para la partida. No tuve más tiempo que el necesario para vestirme. El delegado del ministerio del Interior, encargado, con tres guardias, del transbordo, dió pruebas de una brutalidad irritante; apenas vestido, me hizo poner las manillas, y no me dió tiempo siquiera de tomar mis lentes. Hacía un frío terrible. Fui conducido á la estaci3n de Orleans en un coche celular y después trasladado por la entrada de pequeña velocidad, al andén de salida, donde había un vag3n especial para la conducci3n de los penados al presidio. Este vag3n comprende cierto número de celdas, que tienen las dimensiones necesarias para que un hombre pueda permanecer sentado; cada una está cerrada por una portezuela que impide alargar las piernas. Encerráronme en una de ellas con manillas y grillos en los pies. La noche fué horriblemente larga; todos mis

miembros estaban entumecidos. A la mañana del siguiente día pude obtener, después de numerosas demandas, un poco de café, pan y queso. Tiritaba de fiebre.

En fin, hacia mediodía llegamos á la Rochela. Nuestra salida de París no había sido notada, y si, á la llegada, me hubiesen conducido inmediatamente á la isla de Re, hubiera pasado inadvertido.

Pero en el andén había algunas personas que tenían la costumbre de ir á ver á los presidiarios conducidos á la isla de Re. Se quiso esperar á que se marchasen. A cada momento el jefe de la guardia era llamado fuera del vagón por el delegado del ministerio del Interior, y después venía á dar órdenes misteriosas á los guardias. Estos iban saliendo á su vez, volvían, cerraban ora una persiana ora la otra, hablándose al oído. Era evidente que aquel singular cuchicheo iba á despertar la curiosidad de las personas que había por allí, las cuales se dijeron que debía haber algún preso importante en el vagón celular y como se le hacía bajar, trataron de verle. Inmediatamente se apoderó gran sobresalto de los guardias y delegade del ministerio del Interior. Después se cometió una imprudencia: fué pronunciado mi nombre. Se esparció la nueva y la multitud fué engrosando. Tuve que permanecer toda la tarde en el vagón celular, oyendo en el exterior á la gente que se irritaba más. Por fin, llegada la noche, se me hizo salir del vagón. En cuanto aparecí redoblaron los clamores. Los golpes llovían sobre mí; alrededor mío hubo momento de verdadera confusión y atropello. Permanecí impasible en medio de la multitud, y llegué á encontrarme solo

durante algunos momentos, pronto á entregarles mi cuerpo. Mi alma era mía y comprendía demasiado bien el dolor de aquel pueblo engañado; hubiera querido, entregándoles mi sér físico, hacerles conocer su error. Llegué á rechazar á los guardias que me ampararon y éstos me responseieron que eran responsables de mí. Pero ¡qué tremenda responsabilidad incumbe á los que sacrificaban de aquella manera á un hombre, y engañaban á todo un pueblo!

Alcancé por fin el carruaje que debía conducirme y después de una carrera desenfrenada, llegamos al puerto de la Palice donde fui embarcado en una chalupa. El frío era atroz; tenía el cuerpo entumecido, la cabeza ardiendo, las manos heladas y quebrantadas por las esposas. ¡La travesía duró más de una hora!

A mi llegada á la isla de Re, bien entrada la noche, tuve que andar sobre la nieve; fui recibido duramente por el director y conducido a la escribanía donde se me desnudó enteramente para registrarme. En fin, hacia las nueve, quebrantado de cuerpo y alma, fui llevado á la celda que debía ocupar. Al lado de aquella celda estaba el cuerpo de guardia. Comunicaba con mi celda por una ancha abertura enrejada, colocada encima de mi camastro. Noche y día, dos vigilantes, que se relevaban de dos en dos horas, hacían su guardia en aquella abertura y no debían perder de vista ninguno de mis movimientos.

El director del depósito me previno aquel mismo día que, cuando celebrase con mi esposa alguna entrevista, sería en las oficinas, en su presencia,

que él se colocaría entre los dos, separándonos al uno del otro, y que yo no tendría el derecho de aproximarme á mi mujer ni el de abrazarla.

Durante mi estancia en la isla de Re, fui desnudado y registrado diariamente, después del paseo que se me permitía dar por el patio que pertenecía á mi celda. El patio en cuestión estaba completamente aislado de los edificios y de los patios de uso general, por una pared muy elevada; una puerta daba acceso allí; pero únicamente se abría para las necesidades del servicio. Cuando salía yo á pasearme, todos los centinelas se apostaban á lo largo de los paredes.

Las cartas que cambiamos mi esposa y yo, dan una idea de nuestras impresiones de aquella época. Hé aquí algunos extractos:

Isla de Re, 19 enero 1895.

El jueves, muy tarde, fueron á despertarme para traerme aquí, donde llegué anoche.

No quiero contarte mi viaje para no destrozarte el corazón; sabrás únicamente que oí los gritos legítimos de un pueblo contra el que cree un traidor, es decir, el último miserable. No sé ya si tengo un corazón...

¿Quieres ser bastante buena para hacer pedir al ministro las autorizaciones siguientes que él solo puede acordar? Primero: el derecho de escribir á todos los individuos de mi familia, padres y hermanos; segundo, el derecho de escribir y trabajar en mi celda.

Actualmente no tengo ni papel, ni pluma ni tinta.

Me entregan únicamente el pliego para escribirte y luego me retiran pluma y tintero.

No te aconsejo que te pongas en camino antes de estar completamente restablecida. El clima es muy riguroso y tienes necesidad de todas tus fuerzas para nuestros queridos hijos primeramente y para el fin que perseguimos después. En cuanto á mi régimen aquí, me está prohibido hablar de él.

Te recuerdo finalmente que antes de venir aquí es preciso que te proveas de todas las autorizaciones necesarias para vernos, que pidas el derecho de abrazarme, etc...

Isla de Re, 21 enero 1895.

El otro día, cuando se me insultaba en la Rochella, hubiera querido escapar de manos de los guardias y presentarme con el pecho descubierto á aquellos para quienes era un justo motivo de indignación y decirles: «No me insultéis; mi alma, que no podéis conocer, está pura de toda mancha, pero si vosotros me creéis culpable aquí tenéis mi cuerpo, os lo doy sin pena». Al menos entonces, bajo la áspera mordedura del sufrimiento físico, al gritar todavía ¡viva Francia! quizás me hubieran reconocido inocente.

En fin, ¿qué es lo que yo pido noche y día? ¡Justicia, justicia! ¿Estamos en el siglo XIX ó hemos retrocedido algunos siglos? ¿Es posible que la inocencia no sea reconocida en un siglo de luz y de verdad? Que se busque, no pido ninguna gracia, sino la justicia que se debe á todo sér humano. Que se prosigan investigaciones; que los que poseen pode-

rosos medios de indagación los utilicen para ese objeto, es para ellos un sagrado deber de humanidad y justicia. Entonces será imposible que no se haga la luz en mi misterioso y trágico drama.

Sólo tengo dos momentos gratos durante el día... ¡pero tan cortos! El primero cuando me traen este pliego de papel para escribirte; así paso algunos instantes hablando contigo; el segundo, cuando me traen tu carta cotidiana...

No me atrevo á hablarte de nuestros hijos. Cuando miro sus retratos, cuando veo sus ojos tan benévolos, tan dulces, los sollozos me suben del corazón á los labios...

Isla de Re 28, enero 1895.

Recibo tus cartas todos los días; no me han dado todavía carta de ningún miembro de mi familia; tampoco he recibido autorización para escribirles. Yo te he escrito diariamente desde el sábado; espero que habrán llegado á tus manos...

Cuando pienso lo que yo era apenas hace algunos meses y cuando lo comparo á la miserable situación de hoy, confieso que tengo desfallecimientos y cóleras feroces contra la injusticia de la suerte. Soy, en efecto, la víctima del error más espantoso de nuestro siglo. Mi razón se niega á creerlo algunas veces; pareceme que soy el juguete de una terrible alucinación, que todo esto va á disiparse... pero, ¡ay de mí! la realidad me rodea siempre...

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Paris, 20 enero 1895.

Estoy en trance espantoso, en una terrible inquietud por no haber recibido aún noticias tuyas. Sufro horribilmente, me parece que á medida que te torturan, me arrancan pedazos de carne mía... ¡esto es atroz!

¡Cuánto deseo, pues, estar á tu lado, sostenerte con mi ardiente afección, decirte algunas dulces palabras que conforten tu pobre corazón!...

Paris, 21 enero 1895.

...Afortunadamente no pude leer los periódicos de ayer y se me ha ocultado la innoble escena de la Rochela, pues de otro modo me hubiera vuelto loca de inquietud... ¡Qué espantosos momentos has debido pasar!... pero esta actitud de la multitud no me sorprende; es el resultado de la lectura de esas villanas hojas impresas que no viven sino de la difamación y la basura, y han amontonado tantas falsedades... pero tranquilízate, entre las gentes razonables se está operando un gran cambio.

Paris, 22 enero 1895.

Todavía sin carta tuya; desde el jueves estoy sin noticias. Si no me hubiesen tranquilizado acerca de tu salud, estaría muerta de inquietud.

Pienso en tí sin cesar; no transcurre un segundo

sin que sufra contigo y mi sufrimiento es tanto más terrible puesto que estoy lejos, sin noticias, y á este tormento de todas horas se une la inquietud. ¡Cuánto tarda el momento de obtener la autorización de reunirme contigo, y de estrecharte entre mis brazos! ¡Cuántas cosas tengo que decirte, primero las noticias de todos nosotros, de nuestros pobres hijos, de toda la familia; después de los esfuerzos sobre-humanos que hacemos para encontrar en nuestra pobre inteligencia la clave del enigma!...

Paris, 23 enero 1895.

Acabo de telegrafiar al señor director del depósito pidiéndole noticias tuyas, pues no puedo ya contener mi inquietud. No he recibido ninguna carta tuya desde tu salida de Paris, no me explico lo que pasa y padezco horriblemente. Recelo que me hayas escrito todos los días, y si es así, ¿cuál es la razón de ese retraso? No encuentro respuesta satisfactoria. Esto suponiendo que tú recibas mis cartas y no sientas la misma inquietud. Es atroz estar tan lejos el uno del otro y sin noticias. Quisiera saber que estás fuerte y animoso, que no tienes ningún recelo acerca de tu salud, saber que estas sujeto á un régimen menos riguroso.

LUCÍA.

DE LA ISLA DE RE

24 enero 1895.

Veo por tu carta del martes que aun no has re-

cibido ninguna mía. ¡Cuánto debes sufrir, querida mía! ¡Qué horrible martirio para ambos!...

Isla de Re, 25 enero 1895.

Tu carta de ayer me ha afligido mucho, el dolor vibraba en esas frases...

No sé sobre qué, ni sobre quién fijar mis ideas. Cuando miro el pasado, la cólera me sube al cerebro; tan imposible me parece el que me lo hayan arrebatado todo así; cuando miro el presente, mi situación es tan miserable que pienso en la muerte como el olvido de todo; únicamente cuando miro el porvenir siento un poco de alivio...

Hace un momento contemplaba los retratos de nuestros queridos hijos; pero no he podido soportar mucho tiempo su vista, tanto me anudaban la garganta los sollozos. Sí, querida mía, es preciso que yo viva; es preciso que soporte mi martirio hasta el fin, por el nombre que llevan esos amados niños. Es preciso que sepan un día que ese nombre es digno de que le honren, de que le respeten; es preciso que sepan que si yo pongo el honor de muchos debajo del mío, no pongo ninguno por encima...

Desde hoy no tendré el derecho de escribirte sino dos veces por semana.

Isla de Re, 28 enero 1895.

Hé aquí uno de los días felices de mi existencia, porque puedo pasar media hora contigo, hablándote...

Cada vez que me traen una carta tuya, un rayo

de gozo penetra en mi corazón profundamente lacrado.

Mirar hacia atrás, no puedo. Las lágrimas me asaltan cuando pienso en nuestra dicha pasada. Sólo puedo mirar hacia adelante, con la suprema esperanza de que bien pronto lucirá el gran día de la luz y la verdad.

Isla de Re 31 enero 1895.

Por fin, hé aquí de nuevo el día feliz en que puedo escribirte; ¡ay de mí yo cuento esos días placenteros. En efecto, no he recibido más carta tuya desde la que me dieron el domingo último. ¡Qué espantoso sufrimiento! Hasta el presente tenía cada día un momento de dicha recibiendo tu carta. Era un eco de todos vosotros, un eco de vuestras simpatías con el que confortaba mi pobre corazón helado. Leía tu carta cuatro ó cinco veces, me impregnaba de cada frase, poco á poco las palabras escritas se convertían en palabras dichas y bien pronto me parecía oírte hablar á mi lado. ¡Oh, música deliciosa que conmovía toda mi alma! Después, desde hace cuatro días, nada ya, la sombría tristeza, la horrible soledad...

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Paris, 24 enero 1895.

¡Por fin qe recibido carta tuya! Esta mañana ha llegado á mis manos, cuando sentía una inquietud

loca. ¡Qué de lágrimas he derramado sobre ese papel, sobre esa pobre partícula de tí misma que llega después de tantos días de inquietud! Y aun así, las noticias que recibo son del 19, del día posterior á tu llegada, y las recibo el 24, es decir, cinco días después. Es necesario que exista muy poca compasión para atormentar así á dos pobres seres que se adoran y que no tienen en el corazón sino sentimientos rectos y honrados, que no tienen más que un objeto, un ensueño: encontrar al culpable y rehabilitar su nombre, el de sus hijos que ha sido injustamente envilecido...

Paris, 27 enero 1895.

He recibido esta mañana tu grata y querida carta; me ha procurado un momento de gozo. Perdóname mis primeras cartas tan llenas de aflicción; he tenido un momento de desaliento, es verdad. No tenía noticias tuyas y estaba enferma de inquietud

Ese periodo ha pasado y la voluntad recobra su imperio; estoy de nuevo preparada para la lucha. Es necesario que vivamos ambos, es necesario que lleguemos á la rehabilitación, es necesario que la luz sea resplandeciente. No tenemos derecho á morir hasta que nuestra tarea no quede terminada, cuando nuestro nombre quede limpio de toda mancha. Entonces volverán los días dichosos; te amaré tanto, tus hijos reconocidos te demostrarán un afecto tal, que tus padecimientos, por espantosos que sean, se borrarán...

Ya sé que todas estas palabras no aminoran tus sufrimientos actuales; pero tienes una alma escogi-

da, una voluntad de hierro, una conciencia absolutamente pura, y, con armas semejantes, es necesario que resistas, es necesario que resistamos los dos.

Pedro ha estado esta mañana mirando todos los retratos que tengo tuyos; á caballo, en marcha, de paisano. Estaba muy contento de enseñárselos á su hermanita y de explicarle todas las observaciones que le pasaban por la cabeza. Juana le escuchaba con respeto...

Paris, 31 enero 1895

Sin noticias hoy, como me recelaba. ¡Dios mío, que vida, día por día, esperando un mejor mañana!

LUCÍA

DE LA ISLA DE RE

3 febrero 1895

He pasado una semana atroz. Estoy sin noticias tuyas desde el domingo pasado, es decir, hace ocho días. Heme imaginado que estarías enferma, luego que lo estaría uno de los niños... He hecho después un sinnúmero de suposiciones en mi cerebro turbado... He fabricado toda especie de quimeras.

Puedes imaginarte, querida mía, todo lo que he sufrido, todo lo que sufriré aún. En mi horrible soledad, en la trágica situación en que me han colocado hechos tan raros como incomprensibles, tenía cuando menos ese consuelo único, el de sentir

cerca de mí latir tu corazón al unísono del mío, compartiendo todas mis torturas...

Isla de Re, 7 febrero 1895.

Estoy sin noticias tuyas hace diez días. Pintarte mis tormentos es cosa imposible.

En cuanto á tí, es necesario que conserves todo tu valor y toda tu energía. Te lo pido en nombre de nuestro profundo amor, puesto que es preciso que tú estés en tu puesto para lavar mi honor de la mancha que le han arrojado, es necesario que tú estés ahí para hacer de nuestros hijos buenas y honradas personas. Es necesario que tú estés ahí para que les digas un día lo que fué su padre, un bravo y leal soldado, aplastado por una fatalidad espantosa.

¿Tendré hoy noticias tuyas? ¿Cuándo sabré que voy á tener la inmensa dicha de verte y abrazarte? Lo espero todos los días y nada viene á interrumpir mi horrible martirio.

Valor, querida mía, necesitas mucho, mucho, y lo necesitáis todos, las dos familias. No tenéis el derecho de amilanaros, pues tenéis una gran misión que cumplir, sea lo que fuere de mí.

ALFREDO.

DE MI ESPOSA

Paris, 3 febrero 1895.

Todas las mañanas una nueva decepción, pues el correo no me trae nada. ¿Qué pensar? A veces

me pregunto si es que no estás enfermo, qué es de tí. Me represento las cosas más espantosas y en esas largas noches soy presa de terribles pesadillaa. Quisiera estar al lado tuyo, para consolarte, para cuidarte, para hacerte recobrar las fuerzas...

Aun no he obtenido la autorización para verte; ¡cuánto tiempo, Dios mío! hace tres semanas que saliste para la isla de Re, sin que nadie de la familia haya podido abrazarte...

Paris, 4 febrero 1895.

He tenido la dicha de recibir tu excelente carta. Figúrate mi alegría al tener noticias tuyas, aun cuando sean remotas, pues datan del lunes, de hace ocho días. Una larguísima semana para que tus dulces palabras lleguen hasta mí...

Paris, 6 febrero 1895.

...Me aflige tanto el pensar, al mirar á nuestros queridos niños, que hubieras sido tan dichoso de tenerlos á tu lado, de verlos crecer, desarrollarse, de asistir al desenvolvimiento de sus inteligencias, que las lágrimas nublan mis ojos.

Pronto hará cuatro meses que no has visto á esos pobres niños y han cambiado tanto...

Paris, 7 febrero 1895.

Tu última carta está fechada en 28 enero; ha tardado ocho días en venir á mis manos, y desde entonces sin tener noticias tuyas; es muy duro. Es-

peraba con todo el corazón poder hablar contigo, sino verbalmente al menos por escrito, y esas desventuradas noticias, tan largas en llegar, se van haciendo más difíciles.

En fin, espero siempre impacientemente mi autorización y cuento con tenerla pronto; tengo los mayores deseos de verte, de abrazarte, de leer en tus ojos tu valor, tu paciencia, tu admirable abnegación y tu sacrificio por nuestros hijos...

Paris, 9 febrero 1895.

He recibido esta mañana tu carta del 31 enero. Tus sufrimientos me afligen. He llorado, llorado largamente, la cabeza entre mis manos, y ha sido precisa una calurosa caricia de nuestro Pedro para traer una sonrisa á mis labios, y aun mis sufrimientos no son nada comparados con los tuyos.

No te disgustes mucho cuando no recibas carta mía; cónstete que te escribo todos los días, no tengo más que ese momento bueno, y no quiero privarme de él...

Paris, 10 febrero 1895.

He tenido una alegría infantil, al recibir anoche la autorización para verte dos veces por semana.

Por fin va á llegar el momento en que gozaré la suprema felicidad de estrecharte contra mi corazón y devolverte nuevas fuerzas con mi presencia.

Estoy afligida de que no hayas recibido mis cartas; no he dejado un solo día de escribirte. No puedo explicarme la razón de este rigor; mis cartas, sin

embargo, no expresan sino sentimientos perfectamente honrados, la pena amarga de una situación tan injustamente horrible y la esperanza de una próxima rehabilitación...

LUCÍA.

Se autorizó á mi esposa para verme dos veces por semana, durante una hora cada vez, en dos días consecutivos. La ví por primera vez el 13 febrero, sin haber sido prevenido de su llegada. Fuí conducido á la escribanía, situada á algunos pasos de la puerta de salida del patio. La escribanía es una salita estrecha y larga, blanqueada con cal y casi desamueblada. Mi mujer estaba sentada en el fondo; el director del depósito, en medio de la sala, entre mi mujer y yo; yo debía permanecer al lado de la puerta. Fuera, delante, de la puerta, los centinelas.

El director nos dijo que nos estaba prohibido hablar de nada que se refiriese al proceso.

Por más que nos afectasen cruelmente las atroces condiciones en que se permitían nuestras entrevistas, por angustioso que nos fuese ver transcurrir los minutos con vertiginosa rapidez, experimentamos un gran gozo interior al volvernos á ver. Pero la situación era demasiado punzante para que pudiese ser expresada con palabras. Lo que fué para nosotros una poderosa confortación era que sentíamos plenamente que nuestras dos almas se fundían solo en una, que la inteligencia, la voluntad de todos no se dirigía sino á un objeto: el descubrimiento de la verdad, del culpable.

Mi mujer fué á verme el siguiente día 14 febrero, y luego marchó á París.

El 20 de febrero volvió á la isla de Re; nuestras dos últimas entrevistas tuvieron lugar el 20 y 21 de febrero.

De la isla de Re, después de la entrevista con mi mujer:

Isla de Re, 14 febrero 1895.

Los pocos momentos que he pasado contigo me han sido muy dulces, por más que me ha sido imposible el decirte todo cuanto había en mi corazón.

He gastado el tiempo mirándote, impregnándome de tu faz, preguntándome por qué inaudita fatalidad de la suerte estoy separado de ti...

De mi mujer, á su regreso á París:

Paris, 16 febrero 1895.

¡Qué emoción, que terrible sacudimiento hemos sentido ambos al volvernos á ver, tú sobre todo, mi pobre y amado esposo! debes haber quedado quebrantado, no estando prevenido de mi llegada.

¡Las condiciones en las cuales se nos ha autorizado para vernos son verdaderamente demasiado terribles! Cuando se está separado cuatro meses de un modo tan cruel, no tener más que el derecho de hablarse á distancia, es atroz. ¡Cómo hubiera querido estrecharte contra mi corazón, apretar tus manos, poder darte un poco de calor, pobre solitario!

¡Ah! ¡Qué desgarrador me ha sido el dejar á San Martín, y alejarme de tí!...

LUCÍA.

De la isla de Re, después de haber visto á mi mujer:

Isla de Re, 21 febrero 1895.

(El día mismo de mi salida, que yo ignoraba.)

Quando te veo, el tiempo es tan corto, estoy tan angustiado de ver deslizarse la hora con tanta rapidez, una rapidez que no conocía, y tan largas me parecen las horas, que olvido la mitad de lo que quería decirte...

Quería preguntarte si el viaje no te había fatigado mucho, si el mar estaba tranquilo. Quería decirte toda la admiración que me causa tu noble carácter, tu admirable abnegación. Muchas mujeres hubieran perdido la cabeza bajo los golpes repetidos de una suerte tan cruel, tan inmerecida.

Quería hablarte extensamente de los niños...

Como ya te he dicho, haré lo posible por domar los latidos de mi corazón ulcerado, para soportar este horrible y largo martirio, á fin de ver lucir con vosotros el dichoso día de la rehabilitación.

ALFREDO.

Mi mujer suplicó en vano, en la segunda entrevista, que le amarrasen las manos á la espalda y que la dejasen acercarse á mí y besarme; el director rehusó brutalmente,

El 21 febrero vi á mi mujer por última vez. Después de la entrevista que tuvo lugar de dos á tres de la tarde, y sin haber sido informados ni uno ni otro, fui prevenido súbitamente de disponerme para partir. Mis preparativos consistían en hacer un bulto de mis efectos.

Antes de la partida todavía se me registró y se me hizo desnudar y después se me condujo al muelle entre seis hombres. Me embarcaron en una chalupa de vapor que me condujo por la noche á la rada de Rochefort. De la chalupa transbordé directamente al transporte *Saint-Nazaire*. No se me dirigió una palabra ni se me hizo indicación alguna acerca del lugar donde iba á ser deportado.

A mi llegada al *Saint-Nazaire* fui recluso en una celda de presidiario, cerrada por una simple reja, y situada bajo el puente, á proa. La parte delantera del puente, destinada á las celdas de los forzados, estaba descubierta. El frío era terrible, cerca de 14 grados bajo cero, y la noche obscurísima. Me echaron un coy y me dejaron sin alimentos.

El recuerdo de mi mujer, á quien había visto, algunas horas antes, en la ignorancia de mi partida, á la que no había podido besar siquiera, el recuerdo de mis hijos, de todos los míos, de todos aquellos seres queridos que dejaba detrás de mí sumidos en el dolor y la desesperación, la incertidumbre del lugar á que iba á ser conducido, la situación en que me veía, todo esto me puso en un estado indescriptible y no pude hacer más que echarme en el suelo, en un rincón de mi celda y llorar ardientes lágrimas en la noche sombría y tenebrosa.

Al siguiente día por la noche levó anclas el *Saint Nazaire*.

VII

Los primeros días de la travesía fueron atroces; el frío era terrible en aquella celda abierta, el descanso penoso en aquella hamaca. Como alimento, la ración de los deportados, servida en cajas vacías de conservas.

Yo estaba custodiado de vista, de día por un vigilante, de noche por dos, revólver al cinto, con absoluta prohibición de dirigirme la palabra.

A partir del quinto día, se me concedió el subir una hora diaria al puente, vigilado por dos centinelas.

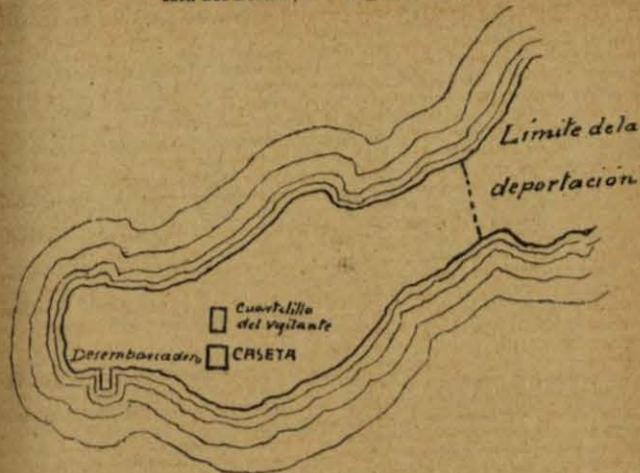
Desde el octavo día, la temperatura se hizo más suave, más cálida. Me di cuenta de que nos acercábamos al Ecuador, pero ignoraba todavía á dónde me conducían.

Después de quince días de una travesía horrible, llegamos el 12 marzo de 1895 á la rada de las islas de la Salvación. Tuve intuición del lugar por algunas palabras sueltas cambiadas entre los vigilantes, cuando hablaban entre ellos de los lugares á donde creían ser enviados, lugares que se referían á localidades de la Guayana.

Esperaba que sería desembarcado inmediatamente. Pero tuve que esperar cuatro días, sin subir al puente, con un calor tropical, encerrado en mi celda. Nada, en efecto, se había preparado para mi recepción y todo tuvo que arreglarse á la carrera.

El 15 de marzo suí desembarcado y encerrado en

Isla del Diablo, á la llegada.—Plano



un cuarto del presidio de la isla Real. Esta reclusión absoluta duró cerca de un mes. El 13 de abril fuí transportado á la isla del Diablo, peñasco incul-to que había servido precedentemente de lugar de detención para los leprosos.

Las islas de la Salvación (1) se componen de un grupo de tres islillas: la isla Real, donde reside el comandante superior de las penitenciarías de las tres islas, la isla de San José, y la isla del Diablo.

A mi llegada á la isla del Diablo, las disposiciones tomadas con respecto á mí, y que duraron todo aquel año de 1895, fueron las siguientes:

La casa que se me destinó era de piedra y media cuatro metros por cuatro. Las ventanas tenían reja. La puerta era con ventanillo provisto de una sencilla reja de hierro. Esta puerta se abría sobre un tambor de 2 metros por 3 adosado á la fachada de la casa, y cerrado por una puerta fuerte de ma-

(1) Pequeño archipiélago de la Guayana francesa, situado al N. O. de Cayena, á 10 kilómetros de Kuru y 50 k. al N. O. de Cayena.